

NEJAMA LAPIDUS DE SAGER

De Puno a Cuzco por la Ruta de Manco Capac

O Uiracocha Señor del Universo —
Óyeme / Desde el mar de arriba en / que permaneces /
Desde el mar de abajo, / en que estás, / Creador del
mundo, / Hacedor del hombre, / señor de todos los
señores, —
Óyeme / Escúchame / No sea qué / me canse, / me
muera. /

*Del HIMNO de MANCO CAPAC, anciano, a UIRACOCHA,
Traducción del Padre Mossi.*

EL CAMINO HACIA CUZCO es un quipu gigantesco donde la mente excitada por la leyenda, va desatando nudos en ansiosa espera de la develación de un misterio, mientras el tren, mundo mecánico de hoy, con coche *pullman* —comodidad, tibieza— va, lentamente, jadeando ascensos.

Dentro, acentos americano, inglés, alemán, francés y también castellano, intercambian impresiones y alegrías turísticas.

Fuera, Puno, tejas y barro, va quedando atrás, con sus sienas contra el azul del Titicaca. Comienza la puna, alta, pelada, que se intuye inhóspita, fría. Un paisaje estático, inmóvil, detenido en la leyenda, despliega el mito en eterno retorno.

Cuentan los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, que en los tiempos antiguos, cuando aún no existían los Incas, esta región de la tierra *eran unos grandes montes y breñales y las gentes de aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión, ni policía, sin pueblo, ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra.* Entonces nuestro padre el sol, viendo los hombres como tales, se despiadó y hubo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija suyos.

Estos hijos del sol, enviados por él a los hombres como gobernantes-dioses civilizadores, Manco Capac y Mama Ocllo Huaco, parten desde

el lago Titicaca y después de atravesar las altas y heladas mesetas de Puno, en busca de una tierra fértil, entierran por fin su bastón de oro, en las feraces comarcas de *Ccosco*, *centro*, corazón, núcleo vital de los *cuatro confines del mundo*, el Tawantisuyo, donde irradiará la cultura incaica. Por doquier pasan Manco Capac y Mama Ocllo, los valles y montes adquieren nueva vida por los cultivos, las chozas se hacen cómodas viviendas y crecen, como por ensalmo, los templos y palacios, mientras Mama Ocllo instruye a las mujeres en el arte de tejer e hilar.

Y por la misma ruta de los milagros culturales de otrora, transcurre hoy nuestro tren, sierpe de ruedas y engranajes, con vientre cosmopolita.

El *centro* es, para todas las culturas primitivas —dice Mircea Eliade— la zona de lo sagrado por excelencia, la de la realidad absoluta. El camino hacia el *centro* es arduo, dificultoso. Sólo así puede ser paso de lo profano a lo sagrado, de una existencia efímera de hombre, a la existencia duradera, eficaz, de divinidad.

Nuestro camino, en cambio, es demasiado fácil, en este coche *pullman*, de manteles blanquísimos y vajilla resplandeciente. Y si ellos, Mama Ocllo y Manco Capac, pudieron castigar la incompreensión de sus designios convirtiendo en piedra, nuestro castigo actual, nuestra condena actual, es también una cierta especie de petrificación. Quedar en la orilla, no penetrar, no comprender. No comprender qué hace allí este hombre, color de tierra, sentado sobre una piedra, ante una ancha soledad de cielo y pampa; de dónde viene y hacia dónde, esa mujer, con su *guagua* a la espalda y su huso de lana tostada, recorriendo, por una huella invisible para nosotros, vaya a saber qué distancias; qué piensa y siente aquella muchacha que, camino a La Raya —4.300 metros sobre el nivel del mar— con su ancha pollera y echado sobre la cabeza el negro rebozo colonial, soporta, entre su pequeño hatillo de llamas, ovejas y asnos peludos, inmóvil, aquel granizo enorme, duro y tan blanco que creeríase nieve, cual revivida estructura piramidal de algún retablo primitivo.

Los significados de este mundo, cuya llave hemos perdido, se nos escapan. Nos resignamos a mirar, mirar y mirar, y a fijar en nuestra cámara —vulgares turistas— el sucederse de las mismas imágenes inmovilizadas, quietas, perennes, como arrancadas al transcurso del tiempo mortal.

Y pasan. En verdad, permanecen. Juliaca, importante empalme ferroviario. Pucará, pequeño pueblo famoso por sus cerámicas: unos magníficos toros naturalistas de origen seguramente colonial, con las banderillas clavadas. Encontramos en su mercado, los eternos mercados a la vera del tren, con sus cholitas ojiantas y discutidoras, dos hermosísimos toritos negros de sonriente gesto y geométrica síntesis, digna del más consumado artista contemporáneo. Ayavirí, con su estación de mesas tendidas, a dos soles el plato —el rojo *picante* que nos deja la boca hecha ascua. Recuas de llamas, miserables poblaciones con casas de barro y chicos descalzos.

DE PUNO A CUZCO POR LA RUTA DE MANCO CAPAC

Hacia La Raya, en cuyos altos ventisqueros nace el sagrado Urubamba, el paisaje cambia. Centeno casi maduro. Casas nadando entre verdes diversos. Ropas pardas, rojos vinosos, grises y gorros blancos entre un milagro casi olvidado: árboles. Sicuani: casas coloniales de tejas viejas. San Pablo. San Pedro. Tinta. Alfalfares en flor. Una sulfatara en el cerro: Chuquicahuana. Cusipata. Urcos.

Comienza la tierra donde se hundiera la vara de oro de Manco Capac. La naturaleza es bellísima. El hombre, con su pantalón negro a media pierna, su gorro con orejeras y borlas, su *uncu* rayado y sus ojotas es un atardarse en la leyenda reencontrada. Un vagón de segunda de un tren que vuelve a Puno, lleno de chicos sucios, desgredados, pasando la lengua por los vidrios sucísimos, nos vuelve a la realidad de un presente que ha roto la continuidad con el pasado, denigrándolo.

Son las seis y media de la tarde de un quince de febrero. Hora serrana. Casi oscuro. La silueta tierra de los cerros, un cielo celeste sombra, la línea plata de un río. A lo lejos, los faros de un automóvil. Estamos a pocos minutos de Cuzco. Allá abajo, Cuzco es un conglomerado de techos coloniales, en una hondonada rodeada de cerros, a 3.330 metros de altura.

Cuzco ocupa el extremo norte y más elevado de un extenso valle cuyo centro recorre el río Huatanay, que se forma por la confluencia de cuatro ríos no muy caudalosos, el Choquechaca, el Safi, el Chunchulmayo y el Huancaro. Los tres primeros atraviesan la ciudad de norte a sud. Entre los ríos Choquechaca y Safi y arrancando de las faldas del cerro Sacsaywamán, se extiende una colina que fuera el núcleo central de las construcciones incaicas.

Cuzco es una ciudad sorprendente. Imposible de imaginar tal ligazón de lo anti-quísimo incaico, con lo colonial con quien entrelazan muros, imágenes, leyendas, con un tan modernísimo sentido de explotación de lo turístico.

La capital arqueológica de América, subsiste a través de las edades, conllevando una contradictoria existencia a retazos. Así el convento de Santo Domingo, de bellísimos artesonados y puertas coloniales, está construido sobre los viejos muros incaicos del famoso Templo del Sol, el Coricancha, el *patio de oro*. Allí donde el primer inca, Manco Capac, pusiera, en disco de oro fino, la imagen del supremo *Hacedor del cielo y la tierra*, esa imagen que siglos más tarde, fuera jugada, y perdida en una noche, por un español, que así mereció pasar a la historia.

Tres civilizaciones superpuestas. La nuestra, turística y comercial en parte, auténtica ansia de mejoramiento y cultura, por otra, como lo evidencian obras como la emprendida Central Hidroeléctrica de Macchupicchu o las concurridas aulas de su antigua e ilustre Universidad. La colonial, con iglesias y conventos bellísimos, refulgente de oro y plata. Maravilla la plata repujada sobre fustes ornamentales del plateresco en el altar mayor de la Basílica-catedral, construida con piedra de las canteras de Rumi Qolqa y

Nejama Lapidus de Sager

parte de las ruinas de Sacsaywamán. Los dorados disfrutan el barroco altar mayor y el plateresco púlpito de la Iglesia de la Compañía de Jesús. El oro, perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, topacios, rebrillan en la Gran Custodia de la Catedral y en la bellísima del Convento de La Merced. El oro se vuelve sonoro en la gran campana de la Catedral, la *María Angola*. La piedra se hace encaje en las columnas de la Iglesia de San Sebastián y la madera, joya, en el justamente célebre púlpito de San Blas.

Sólo la piedra subsiste de la antigua civilización incaica. Piedras sobre las que se han erigido las otras dos culturas, con las cuales se han construído.

Piedras y excavaciones. Piedras y leyendas, que se hacen historia a medida que avanza la piqueta del arqueólogo.

Piedras de Sacsaywamán, de Qenqo, de Tampumachay, de Chincheros, Pisaj, Ollantaytambo, Macchupicchu, hablan de la grandeza de lo que fue, repiten en voces de cimas asombrosas, de ríos en tumulto, que corren allá abajo, muy abajo, de nubes que algodónan, no las cimas sino las bases, el eterno *ubi sunt*.

Y sin quererlo casi, nuestros labios musitan, continuando, el interrogante de Neruda:

*Piedra en la piedra, el hombre, ¿dónde estuvo?
Aire en el aire, el hombre, ¿dónde estuvo?
Tiempo en el tiempo, el hombre, ¿dónde estuvo?
¿Fuiste también el pedacito roto
de hombre inconcluso, de águila vacía
que por las calles de hoy, que por las huellas,
que por las hojas del otoño muerto
va machacando el alma hasta la tumba?*